

Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis de Mar del Plata

Septiembre de 2024

Las Dimensiones Clínicas de la Queja

Rodrigo Echalecu

Buenas tardes, agradezco en principio a los organizadores de la Lacano, como solemos llamar a esta reunión de psicoanalistas, a la mesa ejecutiva y a las instituciones organizadoras y convocantes que han tornado posible que hoy estemos acá en Mar del Plata.

Me sirvo de este dispositivo que es La Lacano para contarles lo que voy pensando en la formalización de la clínica y pedirles su escucha, sus intervenciones, que suelen ser basales para continuar con el permanente recorrido que realiza el trayecto de la formación del analista.

Hace unos cuantos años ya, en la época de la facultad, me había quedado asombrado de aquella intervención de Freud con Dora, “*que tienes tú que ver con aquello de lo que te quejas*”¹. Hacíamos chistes entre nosotros y solíamos reírnos cuando en alguna confesión de amigos aparecía la queja. Replicábamos como si fuera un latiguillo aquella intervención freudiana como un modo de decirle a nuestro compañero que a lo mejor se trataba de empezar a analizarse.

Mi asombro de Freud con Dora fue advertir uno de los giros que se produce en el historial cuando le dirige esa pregunta. Se constata un cambio en la posición subjetiva que la implica a esta joven como sujeto.

Decido volver a la cuestión de la queja por más de un motivo, además de esta anécdota de otros tiempos, vengo escuchando, en algunas reuniones de analistas, en decires de los controles, etc., lo que voy a denominar “la mala prensa de la queja”. “*Otra vez vino quejándose, no sale de la queja...*”. Constatando en ocasiones que lo insoportable o el malestar del analista en torno a lo que genera la queja, tanto en la intensidad como la extensión, puede llevarnos a errores.

En principio la queja no es el síntoma analítico, habrá que realizar intervenciones sobre ese modo de decir que es la queja para que un análisis pueda instalarse como otra dimensión de la experiencia.

Dora se quejó bastante, se quejaba, por ejemplo de que era objeto de intercambio entre su padre y su amigo y Freud le dio tiempo, permitió que se despliegue la queja, el deseo del analista se constata porque apuntó al sujeto, mostrando su eficacia, no al qué

¹ J. Lacan. Intervención sobre la transferencia. Escritos 1. Ed. Paidós.

dice sino a quien dice, posibilitó así que se instale la transferencia y eso fue dando lugar a los síntomas, los sueños, las formaciones del inconsciente en general. Avaló la queja, creyó allí. Devino instalación del análisis.

Otra de las cuestiones que me lleva a retomar este tema de la queja es el planteo que realiza Lacan en el Seminario 21 Los no incautos yerran².

Se pregunta lo siguiente: “¿Qué es una verdad sino una queja? A menos esto responde a lo que nosotros, analistas, si es cierto que hay psicoanalista, nos encargamos de recoger. Y no la recogemos (a esa verdad) sin observar que la división la marca. Marca la verdad. Que ella no puede decirse toda”.

Las intervenciones del analista apuntarán a que se pueda leer la marca de la verdad, a que se pueda producir la división subjetiva a partir de lo que alguien viene y nos cuenta cuando se queja.

Desde el inicio y hasta el final de la enseñanza lacaniana la cuestión de la verdad aparece, insiste. Lacan enfatiza al principio y diferencia, en la lectura que hace de Freud, el registro simbólico del imaginario para orientar los análisis. La verdad tiene estructura de ficción. La ubica cuando acentúa en los inicios el registro de lo simbólico, aunque RSI están desde el principio, pero irán enlazándose en el nudo borromeo a medida que se avanza en la transmisión.

En su escrito *Intervenciones en la transferencia*³, Lacan comienza hablando de “la dimensión del diálogo” en los análisis para diferenciarla de otra dimensión que es la de la verdad. Donde se articula la posición del sujeto.

La dimensión del diálogo en la queja suscita un sentido necesario que lo supone agujereado. El registro imaginario hace de cobertura, viste un carozo de real porque funciona la nominación primordial en el sujeto que se queja, el agujero de lo simbólico que es el que contagia de agujero a los otros registros de la estructura. Y es por ese agujero, que perfora la nominación en cada registro, por donde se cuela la intervención del analista para abrir la dimensión del diálogo a la dimensión de la verdad simbólica, siempre semi dicha esa verdad singular.

A modo de pincelada traigo aquí aquél Lacan de los inicios, como decía, formalizando la dimensión de la verdad. Arribar a esa verdad supone pasar por la marca de la castración, por la división subjetiva. Es lo que le pasa a Dora a partir de las intervenciones que hace Freud y especialmente en esta a la que nos referimos hoy.

Ahora, vayamos avanzando. ¿Cuál es el planteo de Lacan en esta clase que les cito de *Los no incautos yerran*..?

² J. Lacan. Seminario 21 Los no incautos Yerran ó Los nombres del padre. Clase del 23/4/74. Versión Agoff Ramos.

³ Ibid 1.

Mi lectura: trata de situar el camino, la vía, por donde transita el analista. Y dice, a su vez: “la verdad es algo así como una tabla podrida”. Va hacia lo que llama “Vida”. Viene hablando de la verdad como semi dicha, como tabla podrida (ya lo podrido podemos decir que remite al goce) y llega a este asunto de la Vida. Es importante recordar acá, en ese mismo año en que dicta este seminario, que escribe “Vida” en el registro de lo Real en *La Tercera*⁴. Se vienen enlazando entonces, como digo, los registros en el nudo borromeo.

Esto me permite ir pensando las 3 dimensiones RSI que se ponen en juego en la queja.

Aquí dice “Vida”. Y sigue: “*son emisiones imprudentes. ¿Emisiones de qué?: de Voz*”. Juega con la homofonía “Voz-camino” (recordemos que viene planteándose la vía, el camino del psicoanalista). “*Son imprudentes emisiones de voz las que enuncian tales acoplamientos. Pueden observar que el acoplamiento, en este caso, va por tres. ¿Y qué es la Vida en este caso? La Vida es algo entonces que en este tres hace un agujero*”⁵.

Digo: ¿Cuáles son los otros 2? Muerte en lo Simbólico y Cuerpo en lo Imaginario. Los 3 hacen agujero. Tres dimensiones del análisis se juegan, es lo que nos viene a mostrar el anudamiento de los registros como equivalentes, a partir del nudo borromeo, tal como nos lo presenta en este seminario.

Esas emisiones de Voz enuncian entonces el acoplamiento. “En mecánica un acoplamiento es un elemento mecánico que se utiliza para conectar dos ejes de diferentes máquinas y transmitir el movimiento de una a la otra. Acto de traer o juntar”, nos dice el diccionario. Solo el deseo del analista permitirá hacer resonar algo de lo podrido en esa voz acoplada. En ese acoplamiento pone a jugar la falta, permitiendo abrir otra dimensión del análisis que Lacan relaciona aquí con el acto de decir.

El acople se produce en esa zona del agujero central RSI. En ese objeto a que agujerea y Lacan ubica en el centro del nudo es donde el analista, situado desde el discurso analítico, oficiará por la vía, el camino del *semblant*, asumiendo lo que se le transfiere.

En esta misma clase de *Los no incautos...* habla de raspar, de limpiar el sentido como posibilidad de acceder a lo real. Y dice: “*esto es lo que nos importa, no es el sentido de la queja sino lo que podríamos encontrar más allá, definible como Real*”.⁶

Goce-Vida-Real se van dibujando en el medio de esta trama que alude a una de las dimensiones de la queja. Lo real de la queja especifica un borde, posibilidad de la emergencia de lo real bajo un funcionamiento diferente. Borde del saber inconsciente, dice Lacan. Nos presenta lo escrito como borde de ese real.

⁴ J. Lacan. *La tercera. Intervenciones y Textos 2*. Ed. Manantial.

⁵ Ibid 2.

⁶ Ibid 2.

El sentido de la queja constatamos que nos lleva directamente a plantear la dimensión imaginaria, un imaginario agujereado por el falo pero que habrá que agujerearlo en análisis en la transferencia, imaginario que tiende a detener el descifrado. Se tratará de vaciar el sentido de la queja para sustituirle letras.

La verdad en tanto semi dicha aludiría a la cifra que allí está en juego. En esas emisiones de voz que se acoplan y permiten hacer agujero por la vía del deseo del analista, aparecerá la dimensión enunciativa del decir de ese dicho mismo que viene a representar la queja.

Digamoslo así: del sentido de la queja al “un decir”, dimensión de lo simbólico y su límite que permite alcanzar un real en la asociación libre. Dicho mánifiesto, Lacan juega con la homofonía, que refiere a la posición del sujeto en lo que dice, especifica un goce. Tres dimensiones de la clínica nodal que hacen al decir.

Otra cuestión central que me pareció importante considerar es lo que hace Lacan aquí, a su vez, sirviéndose de la queja para diferenciar lo que tiene que ver con la verdad y con el saber en el análisis.

¿Cómo podríamos enlazar Verdad y queja en el Discurso analítico? ¿Y Saber y queja?

Verdad refiere a uno de los lugares en el discurso analítico, mientras que Saber (S2) es uno de los términos que permiten escribirlo. ¿Qué permite escribir allí el Saber en el lugar de la Verdad? ¿Qué sucede en el análisis con la queja cuando el Saber ocupa el lugar de la Verdad? ¿De qué tipo de saber podría tratarse cuando esto sucede?

Cuando Freud hace su intervención, “*qué tienes tu ver con eso*”, Dora advierte un saber no sabido que la habita, saber inconsciente, ella participa. Pero también allí, en ese borde queda especificado el goce, lo que Lacan va a llamar aquí, en este seminario, saber en lo real, que permitiría, es lo que se constata en la clínica, si el analista está a la altura de su acto, la apertura a lo real femenino.

Que se constate una campanada resonante en el sentido para que advenga la letra que muerde al goce supone operatorias propias que pone a jugar *el* analista (tanto en su táctica como estrategia). También pone a jugar *al* analista en tanto pueda estar a la altura de su acto político.

Nos encontramos con un problema clínico cuando la queja no se presenta en el motivo de consulta o es dificultado su despliegue por quien ocupa el lugar del analista. Minimizar la queja, desestimarla, o simplemente no vérselas con ella, constatamos en los análisis que desorienta al sujeto e impide “*la articulación del decir que socorren los discursos, la verdad del decir*”⁷

⁷ J. Lacan, Seminario 24 Línzu. Clase del 11/1/77. Versión EFBA

En este sentido servirse de la dimensión del diálogo, diría que sería dejar vestirse con ese semblante agujereado, permitir que se despliegue ese imaginario que porta palabras que cifran un real en juego.

Qué tienes tu que ver con aquello de lo que te quejas funcionó en Dora como interpretación. Pero notemos la cuestión de los tiempos, Freud le da tiempo y lugar a que se despliegue su queja, cree en lo que ella dice, aunque no es ingenuo, va más allá, a la cuestión del sujeto. Le da tiempo a la interpretación y le concede a la dimensión del diálogo, tal como la llama Lacan, un lugar, espacio, específico, situando eso en un marco donde está en juego la transferencia en esos orígenes, como punto de apoyo. Se refiere, a su vez a esta dimensión del diálogo en Linsú cuando plantea que *“uno habla solo porque uno no dice jamás sino solo y una misma cosa -salvo si uno se abre a dialogar con un psicoanalista”*.⁸

Si lo pensamos topológicamente se trata de las distintas dimensiones clínicas que podemos circunscribir a partir de 3 toros agujereados por el nombre del padre, que a su vez permite anudarlos, haciendo agujero en ese anudamiento. El funcionamiento del cuerpo mental se encuentra puesto de manifiesto en la queja y en ocasiones el mismo determina, como en el caso referido, intervenciones somáticas, parálisis, parestesias, tos. ¿Cuántas de las hoy llamadas livianamente contracturas representan a ese síntoma amordazado de palabras del que Freud hablaba? La parestesia de la pierna elevada a la categoría de síntoma como pregunta abierta, la tos que viene a representar fantasías sexuales inconscientes, permite ubicar el sentido sexual del síntoma si eso es leído. El sujeto se queja de la tos o del dolor que le implica en el cuerpo su padecer. La escucha del analista será la que posibilite servirse de la queja para interrogarla, ponerla a hablar en la dirección del SsS en la transferencia.

Sentir el cuerpo de cierto modo permite ubicar la dimensión del fantasma funcionando, hecha de los 3 registros, anudados, como decimos, por el nombre del padre. Asumir el cuerpo en posición femenina se le dificultó a Dora. Se cierra en ese análisis, que mantuvo con Freud, la pregunta por la mujer. No llega a formularla porque el analista se encastró con los objetos, quedó pegado en la transferencia.

Esto constituye una gran enseñanza para los analistas, no será lo mismo dirigir la cura desde la relación de objeto que desde la no relación sexual.

Amigo del Señor K, Freud mismo se empantanó y cuando se trató de lo real de la queja no pudo hacer soporte en la transferencia, Dora se despidió cuando le aconseja la relación de objeto. No se trata de eso sino justamente de la falta de objeto que puede trabajarse desde la lógica fálica, pero a su vez también, desde el lado mujer de las fórmulas de la sexuación. Lo real femenino alude a ese territorio mas allá del falo, del nombre del padre y su nominación que dejó como saldo al sujeto en el campo del deseo. Dora no llega ahí en el análisis, el muro intraspasable lo pone el analista en la persona de Freud cuando los prejuicios son los que determinan su intervención y le aconseja

⁸ Ibid 7.

quedarse con el Señor K, colapsando en ese punto la dimensión del análisis que tiene que ver con poner a jugar la resonancia como apertura de otra cosa.

Es un caso magistral que nos enseña los errores y los aciertos. Como dijimos, Freud da tiempo para que la queja se despliegue, propicia lo que con Lacan denominamos el discurso analítico. Da lugar al enredo de la queja en los famosos triángulos imaginarios que formaliza Lacan, hasta llegar a la posición simbólica de Dora que allí estaba en juego, a los sueños de transferencia. Tiempo y espacio los pone a jugar el analista de este modo, más allá de lo medible.

Cuantas veces en la clínica nos encontramos con la dificultad de asumir el cuerpo como mujer y demuestra ese goce quedar eclipsado en una identificación masculina, con todos los inconvenientes que suscita, anorgasmia, retiro de la sexualidad, etc. Si la posición del analista tiende hacia la relación de objeto y no asienta en el no hay relación sexual, porque justamente no hay relación de objeto, eso no favorecerá el movimiento que requiere el camino. Le pasó a Freud con Dora en determinado tramo de esa cura. Aunque sin embargo no dejó de tener su eficacia ese análisis, precisado ese límite.

El cuerpo se infla sobre el incorporal que hizo eficaz la puesta en función del Otro en su función de espejo. Hay cuerpos rígidos, contracturados, donde la dimensión de la queja, si permite desplegarse y leerse en la repetición, impacta en el alivio, en el sentir del cuerpo de otro modo. Cuerpo de mujer. Cabe aclarar que no me estoy refiriendo a una cuestión de género. El cuerpo de mujer es aquél cuerpo habitado más allá del fantasma, Lacan ubica allí al Otro goce, referido a quien se dice mujer. Si la posición del analista se autoriza en el no hay relación sexual, el funcionamiento del cuerpo y su goce que encontramos en la queja, tendrán alguna chance de realizarse en el sentido que venimos planteándolo, más allá de la vía del fantasma.

El cuerpo de niña que fue Dora, convertida repentinamente en mujercita y deseada por un hombre, se encuentra desplegándose. Asumirse como mujer no es serlo, lo que podría llevar a una reivindicación delirante. Siempre conviene diferenciar un delirio de reivindicación de lo que porta una queja neurótica. El psicótico testimonia, a veces de modo reivindicativo, pero eso no es una queja.

En la clínica de la relación de objeto, que no es otra que la que llevan adelante los llamados por Lacan Posfreudianos, queda obturado el objeto de la queja en ese registro imaginario del sentido, realizamos un trabajo permanente para no encallar allí, porque el cierre del inconsciente opera para cada uno de nosotros, un trabajo de formalización y de análisis. En la clínica psicoanalítica que podemos hoy nombrar como la de “no hay relación sexual”, a constatar cada vez, habrá otra chance, la de sintomatizar la queja y producir en la transferencia el desencuentro radical con el objeto, entre lo masculino y lo femenino. Borde. Letra sobre el agujero.

Si lo real de la queja, como hemos dicho, especifica un borde y situamos allí lo escrito como borde del saber inconsciente, a su vez, cuando hablamos de borde no

podemos dejar de aludir al borde erógeno, propio del funcionamiento de la pulsión. En la queja está en juego la pulsión, articula cierta gramática, borde entre pulsión y cuerpo que especifica modalidades del goce.

Se puede ir a la letra de la queja si hay enlace con el deseo del analista.

¿Cómo podríamos entonces enlazar la queja con los discursos, con el Saber y la Verdad, que es a lo que nos invita Lacan?

En el discurso analítico el saber (S2) queda ubicado en el lugar de la verdad:

a	→	\$	agente o semblant	→	otro
S2	S1		Verdad		prod o plus de goce

Habrà habido rotación, se le hace lugar a la queja, que se diga la queja para que advenga a su vez un significante unario (S1) que representa al sujeto en el lugar del producto o plus de gozar. Ya no será la queja sino el significante leído el que la encarna, la novedad para el análisis. A su vez el S2 en el lugar de la verdad, (estamos en el discurso analítico), permitirá nombrar la queja como no toda, no hay objeto que la satisfaga por un lado ni significante que llegue a nombrar en su totalidad lo real del goce que la queja viene a presentarnos. Volvamos entonces a la pregunta: ¿Qué especificidad adquiere ese saber en el lugar de la verdad? ¿Se trata del saber en lo real, ese que diferencia Lacan acá del saber inconsciente a partir de servirse de la queja?

La dimensión del hacer está en juego en ese enlace entre deseo del analista y queja, es lo que queda del lado del analista, si se hace tomar o no, si se viste, si se dispone al *semblant* de objeto a. Quejarnos de la queja o pretender que desaparezca sería caer en ese deslizamiento que puede llevarnos a la reeducación del goce, ese es el error: no habrá habido lugar allí para el sujeto del deseo.